

ARTÍCULOS ESPECIALIZADOS

PABLO SEÑERI
Y LOS SERMONES DE PREDICACIÓN

ELVIA CARREÑO VELÁZQUEZ

PABLO SEÑERI Y LOS SERMONES DE PREDICACIÓN

Para una historia de la predicación novohispana es necesario volver los ojos a los textos que servían de inspiración o ayudaban a la elaboración de los sermones que los predicadores leían en distintas ocasiones del año litúrgico o los días de fiesta. Los fondos bibliográficos antiguos en México, poseen una gran variedad de retóricas y sermonarios que constituyeron las fuentes principales a las que se debía acudir. Entre los autores que destacan en estos fondos se ubica Pablo Señeri (1624-1694), jesuita italiano que durante veintiséis años se dedicó a predicar en las misiones internas o populares de su país.

Para poder entender la importancia de la catequización hay que recordar que el fin último del predicador era su ministerio, pues según las enseñanzas del Hijo de Dios — que habían quedado escritas en el Evangelio— tenía que instruir y mover a los oyentes, es decir, convencer al pecador que se convirtiera en justo y que el justo conservara dicha justicia y santidad hasta llegada la hora de la muerte (cf. Codornio, Antonio, *Práctica de la palabra de Dios*, Gerona, p. 17). Sin embargo, parece que esta premisa no se llevaba a cabo en la Europa católica de la edad moderna, pues algunas órdenes religiosas y congregaciones de padres iniciaron las misiones populares con el fin de llevar su ministerio a los pueblos donde imperaba la ignorancia religiosa y moral entre sus habitantes. Para obtener resultados en un corto periodo de tiempo recurrieron a la creación de un método dentro de las misiones que incluía la predicación, la instrucción, los ejercicios de penitencia y piedad, así como la confesión y la comunión.

Una de las participaciones más activas en las misiones populares fue la de los jesuitas italianos, quienes, además, introdujeron en ellas un carácter teatral y espectacular. Pablo

Señeri en la Compañía de Jesús fue uno de los que iniciaron una nueva forma de predicar, a través del uso de la penitencia pública. A continuación se presentan los modos persuasivos utilizados por este jesuita en la predicación y algunas de sus propuestas en su obra literaria.

Pablo Señeri, según Joseph Massei, su biógrafo, antes de ingresar a la Compañía de Jesús estudió en el Seminario Romano y una vez dentro de la orden tuvo como maestro al célebre predicador Juan Pablo Oliva quien fungió como maestro de novicios. Una vez aceptado por los jesuitas, estudió retórica y filosofía y posteriormente lo destinaron a enseñar “las letras humanas” por tres años. En el mismo periodo tradujo del latín al italiano la Segunda Década de las Guerras de Flandes que terminada y con el apoyo de sus superiores fue enviada a imprenta. Massei señala que el fin último de esta traducción era hacerse dueño de la lengua Toscana, y de este modo echar los cimientos para el sagrado ejercicio de la predicación, pues desde pequeño había mostrado gran inclinación por esta materia. Es así como sus profesores y compañeros lo animan a proseguir esta empresa y poco tiempo después de ordenarse sacerdote dio inicio a la composición de los sermones de Cuaresma ayudado por “la lección de la Divina Escritura, y de los Santos Padres, junto con extraordinaria, y vigilante diligencia”, de *De Oratore* del latino Cicerón, “para aprender los modos mas eficaces de convencer el entendimiento, y de excitar la voluntad”. Una vez concluida esta labor, se dedicó a predicar en las misiones de diversos pueblos y ciudades italianas (vid. Joseph Massei, *Breve compendio de la vida de... Pablo Señeri...* pp. 1-3).

Los jesuitas, por mandato de sus Constituciones, tenían la obligación de salir de sus casas y colegios de dos en dos hacia plazas, pueblos y aldeas pequeñas a predicar doctrina. Eran enviados “como pobres” y el fin de dichas misiones era la salvación de las almas. En opinión de Herrero Salgado, estos religiosos se diferenciaban de los predicadores de la ciudad ya que “el clero ilustrado no se dignaba predicar a analfabetos y rústicos, incapaces de comprender las sutilezas de sus sermones” (vid. Herrero Salgado, *La oratoria sagrada de los siglos XVI y XVII*, p. 262). De acuerdo con el fin que se perseguía, los temas más recurrentes en la predicación eran la confesión general, el juicio final, el infierno, el sexto y noveno mandamientos, el amor a los enemigos, la muerte y recomendación del alma, la fealdad del pecado, los que callan los pecados, así como la devoción de los pobres, de las ánimas y de la gloria.

El padre Señeri, según su biógrafo, se instalaba en un sitio fuera de los pueblos o ciudades y desde ahí se acercaba a los lugares vecinos a predicar a campo abierto. Su imagen en aquellos días era la siguiente:

El habito en que se dexaba ver, era una sotanilla corta, y gastada, el bordon en las manos, el Breviario debaxo del brazo, un pequeño Crucifixo pendiente del cuello, y el Rosario de Nuestra Señora del Cingulo, y sobre todo, caminaba siempre descalzo de pie, y pierna, costumbre que inviolablemente guardaba, luego que salía de los Colegios, hasta bolver a ellos, despues de cumplido el curso de sus Misiones... (Massei, J., *op. cit.*, p. 12.)

La descripción anterior, sin duda, muestra la importancia que en estas misiones tenían la palabra, el cuerpo, los objetos, las imágenes, los lugares y en general los comportamientos colectivos con el fin de captar la atención del numeroso público y sembrar afecto y devoción; continuando con el relato:

...subiendose el Padre al tablado, daba principio a su Sermon. De que calidad fuesen estos Sermones, solamente quien los oyó, puede bastantemente entenderlo. Basta dezir, que eran unapura substancia de Sagrada eloquencia, de razones eficacissimas, de vehementes afectos, de figuras vivissimas; y sobre todo, de un espiritu tan ardiente, y encendido, que parecia oir a un S. Francisco Xavier, quando predicaba en las Indias. (Massei, J., *op. cit.*, pp. 19-20)

Estas imágenes (visuales y discursivas), a modo de tramoya o escenografía, eran dispuestas por Señeri con el fin de enseñar, deleitar y mover o persuadir a sus oyentes, uniendo retórica y teatralidad al mismo tiempo:

“Los argumentos de estos discursos, eran de los mas solidos, que nos propone el Santo Evangelio; conviene a saber, de la necessidad de la penitencia, y el gran riesgo que corren, los que la dilatan hasta la muerte; de la gravedad del pecado mortal; de la terribilidad del Divino Juicio; de las penas inexplicables del Infierno; y de otros semejantes argumentos, muy a proposito para despertar los que duermen

en el pecado, y para bolver el juicio a qualquiera, que por su desgracia le huviesse perdido. Demas desto, en cada Sermon trataba siempre algunas materias particulares, y reprehendia alguna de los vicios mas comunes: el hurtar las almas a Dios con los escandalos, que enseñan, y provocan a otros a pecar; el callar por verguenza en la Confession los pecados; el fomentar odios, y enemistades; el quitar la hacienda, o fama agena; el exercitar aquellos bayles y juegos, que sirven de fomento a mil iniquidades. (Massei, J., *op. cit.*, pp. 19-20)

Estos argumentos acompañados de movimiento y entonaciones retóricas eran el método más eficaz que utilizaban los predicadores para catequizar y convencer a sus oyentes. Sin embargo, Señeri estaba convencido de que la palabra sola no era suficiente para penetrar los corazones de los hombres, por ello ideó infligirse disciplinas públicamente:

Muchas veces, en llegando al fin del Sermon, llevado de su ardiente zelo, y para dar a los oyentes exemplos, e incitarlos a la penitencia, se apretaba la cabeza con una corona de espinas, y echandose al cuello una sogá, se quitaba en un instante la sotana, quedando con otra sotanilla que tenia debaxo de la sotana superior, abierta por detras en las espaldas, y empuñando en la mano unas disciplinas de hierro, se azotaba con grande crueldad. Y no contento de el estrago, que hacia de sus carnes con los azotes, avia inventado otro instrumento mucho mas sangriento, y horroroso: [...] Pues con este instrumento se daba recios golpes en el pecho desnudo... (Massei, J. *op. cit.*, pp. 19-20).

Esta solución, inédita en las costumbres jesuitas, provocaba reacciones inmediatas en el público, pues iba dirigida a los sentidos y las emociones de la comunidad allí reunida:

Pondere aora cada uno, el sentimiento, que causaria en aquel grande auditorio, espectáculo tan lastimoso, sangriento, nuevo, y atroz. No se veia otra cosa, que lagrimas, todo el campo resonaba en suspiros, llantos, y gemidos, y en voces, que hasta el Cielo gritaban misericordia. Y este modo de predicar, y obrar tan extraño del P. Señeri, causaba tales efectos, que parecia casi imposible, no quedar cada uno vencido, y compugnido. (Massei, J. *op. cit.*, pp. 19-20).

No obstante, Señeri iba aún más allá, pues una vez terminado el sermón invitaba a los oyentes a disciplinarse o a ejercicios de penitencia y así transcurrían los días de misión hasta el fin en que se realizaba la comunión general. Este efecto de reciprocidad con el predicador que se generaba en el espectador convertía a todos los presentes en penitentes. Curiosamente, esta nueva práctica fue aceptada por los jesuitas, pero sólo dentro del ámbito de las misiones.

El afán de Señeri por instruir a los cristianos para cambiar sus costumbres y mudar de vida, también se refleja en la extensa bibliografía que escribió durante los meses que las misiones lo dejaban libre. Tal es el caso de *El Christiano instruido en su ley*, obra en la que aborda los principales misterios y sacramentos de la fe católica, así como “los preceptos de la Ley de Dios con el fin de que el lector los conociera y condujera a través de ellos”; otra más *El Incredulo sin excusa*, dedicado a destruir la gentilidad y sus sectas; o *Maná del Alma*, una guía para llevar a cabo una correcta oración.

Al referirse acerca del beneficio que la predicación aportaba a la lucha en contra de las sectas, Señeri en su obra *El incrédulo sin excusa*, p. 10, llega a declarar que “la fé entra por el oído” y son los predicadores quienes hacen “el inmenso provecho” al pueblo cristiano. De ahí, que preparara el tomo titulado *El Cura instruido*, obra “en que se muestra a qualquier cura nuevo la obligacion que le incumbe, y el cuidado que ha de poner en cumplirla [...] para la mayor utilidad de las Sagradas Misiones”. Para nuestros fines, destacan dos capítulos que se incluyen en las “Adiciones” de dicho libro; el primero se titula “Preceptos que ha de guardar el Cura para hazer los Sermones”, texto compuesto por treinta y ocho apartados, que enseña el modo en que el cura dispondrá del sermón para su lectura; el tono de voz que deberá emplearse según el lugar y sección del sermón (exordio, narración, confirmación o epílogo) con el fin de exhortar al oyente; los gestos del rostro y la acción del cuerpo en el transcurso del mismo; así como algunos comentarios sobre el modo de componer cada una de las partes del sermón para mayor provecho, por ejemplo, recomienda usar palabras del tiempo presente pues “mas mueve la Pasion de Christo representada como actual, que referida como antes sucedida”. Para finalizar, propone los argumentos que han de usarse con el fin de “persuadir la virtud, o disuadir

el vicio o otra cosa, que ha propuesto tratar el Predicador” e invita al cura a hacer uso de los tropos y figuras, que la retórica enseña, para “el adorno del estilo” y guiso del sermón (Señeri, *El cura instruido...*pp. 379-384).

Pablo Señeri, al mismo tiempo que se dedicaba a las misiones y a la redacción de sus obras, era invitado a predicar panegíricos a diversos púlpitos y así su fama se extendió, hasta que en 1692 Inocencio XII (1691-1700) expresó a los superiores de la Compañía su deseo de nombrarlo predicador del Palacio Pontificio; labor que desempeñó hasta 1693. Después de una larga enfermedad murió en 1694, a los 70 años de edad. (Massei, *J. op. cit.*, pp. 61-68.)

Desde los primeros años del siglo XVIII los jesuitas en España pusieron gran empeño en traducir su obra e imprimieron diversas ediciones en Madrid, Barcelona y Valencia durante dicha centuria. La difusión que tuvo en tierras novohispanas debió de ser amplísima ya que en casi todos los fondos conventuales que actualmente se conservan existen ejemplares de su obra, cuya influencia debió extenderse hasta bien entrado el siglo XVIII.

Acerca del estilo que usaba en sus sermones y que siempre recomendaba, por lo menos para predicar en las misiones y la Cuaresma, fue explicar las Escrituras de un modo sencillo y alejarse de las erudiciones profanas pues si se dedicaban a “adornarlas a lo Gentilicio” le parecía “hazer agravio a las verdades Christianas que proponia” (Señeri, *Quaresma*, t.1, prólogo del autor al lector). En cambio, instruía que el predicador debía ejemplificar con asuntos particulares dichas verdades cristianas para que el pueblo las entendiera y pudiera aplicarlas en la vida cotidiana (Señeri, *El cura instruido*, p. 63).

Como es evidente el sermón fue una práctica común en la predicación, el método más eficaz para la catequización y que se valía de diversos elementos para persuadir al oyente. Sin embargo, este arte no era muy dominado por los oradores, causa que dio lugar a estudiar y aplicar los preceptos que Pablo Señeri indica en sus obras, los cuales, como ya se mencionó, abundan en las bibliotecas novohispanas de donde se deduce que para poder entender la predicación en la Nueva España es necesario conocer los textos de Pablo Señeri.

BIBLIOGRAFÍA

- Codornio, Antonio, *Práctica de la palabra de Dios, Gerona, s.i.*, 1753. Herrero Salgado, Francisco, *La oratoria sagrada de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1966.
- Majorana, Bernadette, *Una pastorale spectaculaire. Missions et missionnaires jésuites en Italie (XBIe-XVIIe siècle) en Annales Observatoires du religieux experiences, minorities, encardrement*, vol. 57, no. 2.
- Massei, Joseph, *Breve Compendio de la vida del venerable siervo de Dios el Padre Pablo Señeri de la Compañía de Jesús, preicador y misiones apostólico en la Italia*, Madrid, imprenta de Alonso Balvás, 1733.
- Señeri, Pablo, *El cura instruido en su ley*, tr. Juan de Espinola Baeza, Madrid, Munuel Fenández, 1717.
- Señeri, *El incrédulo sin excusa*, tr. Juan de Espinola Baeza, Madrid, Antonio González de Reyes, 1715.
- Señero, *Quaresma*, tr. Antonio de las Casas, Barcelona, imprenta de Juan Piferrer, 1724.